

La salvación del sabio

Postrado en una cama del hospital Rebagliati, observó a Rosita, su empleada y compañera desde hace 25 años, quien con su voz cálida, maternal, le daba ánimos, ánimos que él —racional, deductivo, lúcido de mente, aunque el cuerpo no le dé— sabía que eran esperanzas vanas.

—Le he traído a las hermanas de la caridad, ellas van a orar por usted y verá cómo, gracias al poder que como usted sabe tiene la oración, harán que se recupere.

No podía responder como lo hacía en su programa televisivo, analítico, mordaz, sin tapujos ni sentimentalismos. Nunca quiso actuar así con Rosita, no quería que una persona tan buena se sienta mal, pero eso trae consecuencias, y las notó cuando escuchó de ella la frase "como usted sabe". Esa frase encerraba muchas cosas: ella le atribuía una sabiduría tácitamente igual a la suya, ella que nunca había visto sus programas y menos leído algo más allá de los titulares de periódicos y una que otra cita inducida por las hermanas de la biblia.

Quiso decirle que un grupo de científicos había hecho el más grande estudio sobre los efectos terapéuticos de la oración en pacientes de cirugía cardíaca, y que no encontraron diferencia alguna entre los que oraban por ellos y los que no. Lo que sí encontraron, con sorpresa, fue que el grupo que sabía que estaban orando por ellos tuvo más complicaciones. Parte de ese grupo, ante el anuncio de Rosita, era ahora él.

Entonces los pingüinos, como solía llamar a las monjas, empezaron a murmurar el rosario, creándole un escalofrío y una nostalgia de lo vivido. Lo que estaba seguro es que en sus nostalgias no estaba Rosita. Se distrajo pensando en qué acciones creaban nostalgia y qué acciones no. Los 25 años de servicio de Rosita eran de los que no. La casa limpia, la comida hecha, los baños limpios con pulcritud no traían nostalgia alguna. En cambio, él siempre había recomendado a los jóvenes que no se casen, pero que, si lo iban a hacer, lo hicieran con alguien que sepa conversar; para él, conversar te hacía sentir tan bien que podías extrañar su ausencia. Rosita no sabía conversar.

De un momento a otro empezó a evocar su vida. De fondo, el rosario de los pingüinos se convirtió en una nota monótona, vacía como un ecran sin proyección. Lo frenético del repaso y el fondo auditivo de los pingüinos le daban indicios de que era el preludio de la nada. ¡Cuántas veces había tratado en su programa sobre la ausencia de una vida después de la vida! Le indignaba que muchos se hayan enriquecido inventando hipótesis de almas, de vidas; no eran más que inventos para consolar el miedo a la nada. No creía en nada, en ningún invento humano basado en suposiciones de vidas pasadas y futuras. Muchas veces lo dijo en su programa, y ahora veía a Rosita decirle "como usted ya sabe". Entonces su personalidad se diluyó en el todo.

Rosita, pensando que había logrado salvar el alma del sabio, manifestó después que había muerto con el auxilio de su religión, que se había arrepentido de sus pecados y que murió en paz. Nunca se enteró que mentía. Cuando a ella le tocó partir, lo hizo satisfecha,

porque su más grande logro no fue la casa limpia, los baños pulcros, la comida caliente, sino el haber salvado un alma.

(Jorge Atarama Sandoval, julio 2026)